Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

17 – Muerte de un héroe

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

17 – Muerte de un héroe

Al principio, fue el propio capitán Jamr el que les enseñó las obligaciones del Islam; pero pronto fue el mismo Abd El-Samad el que hizo venir a hombres de religión procedentes de las regiones de la India; les construyó *zagüías* y les asignó una remuneración. La luz del Islam brilló en la ciudad de Yânisa Dhât El-Qashâtîn, y los habitantes se dispusieron a aprender las normas para recitar el Corán, realizar el ayuno y hacer la plegaria.

Pero el rey Abd El-Samad no dejaba aún partir al capitán Jamr; éste le pidió en muchas ocasiones permiso para marcharse, pero siempre que lo hacía, el rey le rogaba que se quedara.

Mas he aquí que una noche en la que dormía en el palacio del rey, se despertó poco antes del alba, y se dio cuenta de que necesitaba lavarse por completo: el demonio le había visitado durante la noche[1]. Se levantó, aún con el sopor del sueño, se vistió, tomó sus armas y se dirigió hacia la puerta, buscando un acueducto o un arroyuelo en donde bañarse, de modo que pudiera llegar a tiempo a la plegaria del alba con el *imán*[2].

Al llegar a la puerta, pidió a la guardia que la abrieran; el jefe de los centinelas vino a besarle la mano.

- ¿Adónde quieres ir, capitán? –le preguntó.

- Dime, mozalbete, ¿no habrá por aquí un arroyuelo o una alberca? Tengo que bañarme antes de hacer la plegaria.

- Señor, fuera de la ciudad, hay tanta agua como quieras. Solo que tendrás que ir un poco lejos, y para cuando puedas haber llegado el sol ya estará muy alto y te habrás perdido la oración del alba. Aunque, aquí cerca, en un jardín hay una fuente que no tiene igual; la llaman "La fuente de las panteras"; pero ese es un sitio muy peligroso; los que se acercan hasta allí, jamás regresan. Créeme, capitán, mejor es que te vayas a tomar un baño en el hamam.

- ¿Y qué peligro es ese?

- Has de saber, señor, que allí se encuentran un par de panteras salvajes, macho y hembra; siempre andan al acecho y atacan a todos los que pasan cerca.

---

[1] Eufemismo para designar una polución nocturna; el derramar esperma constituye, según el derecho musulmán, un caso de impureza grave, que precisa de purificación mediante una completa inmersión en el agua, sin la cual, la oración de la mañana no tendría validez.

[2] Es decir, hacer la oración dirigida por el *imán* en la mezquita. Rezar en la mezquita no es obligatorio, salvo los viernes al mediodía; el resto del tiempo es voluntario, aunque es signo de piedad el hacerlo en la mezquita.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pues mira… a mí no me asustan los leones, con que ¡cómo crees tú que me van a dar miedo dos miserables panteras!

En efecto, tal y como ya habíamos dicho anteriormente, el capitán Jamr tenía un amuleto de plomo que le protegía de leones, panteras y todas las bestias feroces. De modo que dejó la ciudad y cogió el camino que le conduciría al jardín; poco imaginaba él lo que le depararía el porvenir.

Al poco tiempo, se encontró delante de un manantial, claro como el cristal, todo rodeado de árboles, y desde el que una multitud de arroyuelos cantaban la gloria eterna del Señor. Muy cerca se levantaba una alta torre, maravillosamente construida, y completamente taraceada de teselas de mármol policromado.

- ¿Y a quién podrá pertenecer este lugar? –se preguntaba Jamr–. En apariencia, es un sitio placentero, y siendo así, ¿por qué lo habrán abandonado sus propietarios?

Y el narrador dijo así…

De hecho, ese palacio pertenecía al rey de Yânisa, Abd El-Samad; que en otros tiempos venía allí todos los domingos con los notables de su corte a gozar del paraje. Pero cuando las panteras se instalaron allí, toda la gente tuvo que abandonar el lugar, pues aquellas fieras atacaban a todo el que se acercara; le desgarraban con sus zarpas y le devoraban; siempre andaban al acecho desde su cubil, próximo al edificio.

El capitán Jamr se desnudó, se quitó las armas y el amuleto del cuello, luego bajó hasta el agua, en donde se sumergió por completo, con la intención de purificarse de su suciedad. Una vez que se hubo lavado, se sacudió el agua y se dispuso a salir.

Pero fue entonces cuando vio acercarse a las dos panteras, una por la derecha, y otra por la izquierda; se arrojaron a la vez sobre la espalda de Jamr, hundiendo en su carne colmillos y garras. Pero el capitán Jamr, viéndolas llegar, las agarró a las dos del cuello con todas sus fuerzas.

Las dos fieras, enloquecidas de dolor, lanzaban unos rugidos espantosos; pues solo querían una cosa, escapar como fuera de aquel puño de hierro. Pero el capitán Jamr se aferraba a ellas con la energía del desesperado. Estaba preparado para morir, y dándose cuenta de que la hora fijada por Dios estaba cercana, recitó en alta voz:

- De Dios venimos, y a Dios regresamos en la religión del Profeta de Dios.

Sintiendo que su frente se cubría de un sudor helado, aun tuvo tiempo de pronunciar la profesión de fe, pues él era uno de los elegidos. Luego, se desplomó de golpe, siempre aferrado a la garganta de las panteras, que entregaron su alma al mismo tiempo que él. ¡Gloria a Aquel que nunca muere!

Mientras tanto, el rey de Yânisa, Abd El-Samad, se había levantado y asistido al Consejo; a media mañana, al ver que Jamr no llegaba, preguntó a los grandes del reino, que nada pudieron decirle sobre el asunto. El run run de su desaparición se extendió por

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

la ciudad y llegó a oídos del oficial que aquella noche estuvo de guardia en la puerta. Se presentó ante el rey y, tras inclinarse ante él, le dijo lo siguiente:

- *Efendem*, yo he visto pasar al capitán Jamr poco antes del alba; me pidió que le abriera la puerta, diciendo que buscaba una fuente para lavarse con agua fría. Le indiqué "La fuente de las panteras", aunque advirtiéndole del peligro. Luego se marchó y no le vi regresar.

- ¡Ay! ¡qué desgracia! –exclamó el rey–. ¡Ha debido entrar en el jardín y seguro que las panteras le han atacado!

Y al momento, acompañado de los notables del reino, se llegó hasta el jardín de las panteras. Al llegar al manantial, encontraron al capitán Jamr, que ya había entregado su alma a la misericordia de Dios. Tenía las manos crispadas, atenazando la garganta de las dos panteras, cuyas garras estaban hundidas profundamente en su espalda.

A la vista de aquello, el rey comenzó a darse de bofetadas y se puso a llorar.

- ¡Oh, poderoso rey! –le dijeron sus consejeros–, las lágrimas no sirven de nada: el que se ha ido, ya no regresará. Este hombre ahora estará ante un Señor generoso, de infinitas bondades. El único honor que se le puede hacer a un muerto es darle una sepultura decente.

- Sí, tenéis razón –respondió Abd El-Samad.

Y se pusieron a intentar separar a las dos panteras muertas del cuerpo de Jamr. Pero todo fue inútil: habían quedado tan bien soldados unos con otros, que habían formado un solo bloque. Y mientras todos ellos andaban en ese empeño, Abd El-Samad escuchó de repente una voz que parecía hablarle al oído.

- Oh, rey –decía–, déjalo todo tal y como está; construye sobre nosotros tan sólo un cobertizo de protección con unas planchas de madera, y envía a alguien a Sahyûn, para avisar a mis hijos y a mis hombres de que vengan aquí.

Y el narrador continuó de este modo…

El que así hablaba no era otro que el espíritu del capitán Jamr, ¡que la misericordia de Dios sea sobre Él! Y al escuchar esa voz, el rey Abd El-Samad se desplomó por tierra, desvanecido. Cuando volvió en sí, poco después, dijo a sus hombres que dejaran el cuerpo tal y como estaba.

- Pero eso es imposible, oh rey –le respondieron–. Si lo dejamos así, las fieras salvajes van a devorar su cuerpo.

- Desde luego, pero si lo enterramos, será aún mucho peor. Pues este hombre era un héroe sin par, el sultán de los hombres de las montañas, y todos los guerreros más terribles de nuestros tiempos vinieron a ponerse a sus órdenes. Seguro que se van a inquietar por su suerte; tanto ellos, como el rey de los musulmanes que reina en El Cairo, en Egipto, y es probable que vengan con un ejército para pasarnos a todos a

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sangre y fuego, creyendo que fuimos nosotros los que matamos a su capitán mediante trampas y engaños.

- Entonces, ¿qué podemos hacer? Porque lo que acabas de decirnos es bastante inquietante… Tienes que encontrar, sea como sea, el medio de evitar esa catástrofe y tranquilizarnos, porque si no, no nos quedará otro remedio que abandonar el país y marcharnos en busca de fortuna a otra parte.

- Tengo una idea, amigos míos: vamos a sacarlo del agua y a depositarlo a la orilla del manantial, dejando junto a él toda su ropa y sus armas; luego, construiremos por encima un refugio con unas planchas de madera, y con una puerta que cerraremos con llave. Después, enviaremos un mensaje al rey El-Sâleh para explicarle la situación, con toda franqueza; él mismo mandará aviso a los hijos de Jamr para que vengan. De ese modo, si estos llegan aquí con sus primos y sus tropas para pedirnos cuentas, nosotros les diremos lo que le pasó a su padre, y les mostraremos su cuerpo. Seguro que así aceptarán nuestras disculpas y no podrán causarnos daño alguno, pues son musulmanes que proclaman la unicidad del Señor omnisciente. Esa es mi idea.

- Oh, rey, procede como mejor te parezca, y quiera Dios concedernos el éxito en todo cuanto, tanto tú, como nosotros, emprendamos –respondieron los nobles del reino.

Entonces, el rey Abd El-Samad hizo venir a los carpinteros, les suministró todo aquello que necesitaban y les ordenó que construyeran una cabaña, tal y como ya la hemos descrito a los nobles señores que nos escuchan. Se pusieron manos a la obra de inmediato, y el cuerpo del capitán Jamr quedó de ese modo al abrigo de las fieras salvajes.

Después, intentaron vestir al cadáver con su ropa; pero era de todo punto imposible, pues sus manos estaban crispadas de tal forma en los cuellos de las panteras, que no hubo medio de separarlos; se habían soldado como un solo bloque. De modo que cubrieron su desnudez lo mejor que pudieron, y dejaron todas sus cosas junto a él; luego, cerraron la puerta con llave y pusieron allí una guardia permanente.

Abd El-Samad regresó a su palacio, y en presencia de su Consejo, dictó una misiva para el rey El-Sâleh, y una vez sellada, la confió a un mensajero que se embarcó inmediatamente para Egipto. Los vientos le fueron favorables y, en unos días, llegó a Alejandría, desde donde se puso en ruta para El Cairo.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "La cabalgada de los Hijos de Isma'il" ...

18 - "La galopada de los isma'ilíes"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6